

SCHMITZ-MOORMANN, KARL, SALMON, JAMES F., *Teología de la creación de un mundo en evolución* (Editorial Verbo Divino, Estella, 2005). 295 pp. Traducción de Noemí Pérez. 22 x 14 cm., ISBN: 84-8169-589-0.

Las polémicas sobre el llamado «creacionismo científico» (entendido como una propuesta de paradigma científico alternativo al evolucionismo), y sobre la compatibilidad entre la fe católica y la aceptación de las ideas evolutivas, han llenado durante 2005 muchas páginas de revistas especializadas en la problemática Ciencia-Religión. Es más: al intervenir la cuestión del «Diseño Inteligente», este debate se ha extendido también a otros medios de comunicación, como la televisión, la radio y las páginas de muchos periódicos de gran tirada. Puede decirse que los debates sobre los límites permitidos a un cristiano para aceptar el paradigma imperante en las Ciencias de la Naturaleza, el paradigma de un universo que evoluciona desde los elementos más sencillos hasta los animales y la misma humanidad, están vivos en nuestra sociedad. Estos debates no son sólo discusiones sobre ortodoxia, sino que por debajo laten principios filosóficos y teológicos que sostienen las posturas consideradas por algunos como antagónicas e irreconciliables. Desde hace muchos años, la Teología ha necesitado una reflexión seria sobre la evolución del cosmos y de la vida en un intento de reelaborar la idea del Dios creador, básica en todas las proclamaciones de fe. En los años 60-70 este debate fue muy intenso merced a la publicación, tras su fallecimiento en 1955, de los ensa-

yos del jesuita paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin. Pero hacia los años setenta, parece que este debate quedó orillado por otros que parecían más significativos.

Aparece ahora, con cierto retraso la traducción castellana de esta obra póstuma del profesor Karl Schmitz-Moormann (que falleció en 1996). El texto original en alemán y en inglés (retocado al final por el profesor James F. Salmon), es de 1997. El autor (biólogo y teólogo católico seglar de origen alemán) es uno de los grandes especialistas en el pensamiento científico teilhardiano. Schmitz-Moormann editó en once gruesos tomos, junto con su esposa Nicole, las obras completas de carácter científico de Teilhard de Chardin (Oltren, Suiza, 1971). Pese al retraso en llegar al público de habla castellana, el libro no ha perdido actualidad. Al contrario; los recientes debates citados más arriba le confieren actualidad y frescura. Como indica el propio autor en la introducción (p. 11), «en este texto aceptamos el hecho de la evolución como la forma en que se da la creación». La tesis que se defiende es que la Teología medieval sobre Dios creador acuñó sus conceptos dentro de un paradigma esencialista y fijista. Sin embargo, el desarrollo del pensamiento científico revela una imagen muy diferente del mundo: como una realidad dinámica, abierta, autónoma en sus leyes, azarosamente cambiante y evolutiva. Esto obliga a repensar la idea de creación divina como presencia continuada del llamado acto creador. Pero «los cristianos percibimos este mismo universo como creación de Dios. Siguiendo la inspiración de Pierre Teilhard

de Chardin, daremos por sentado el hecho de la evolución. A pesar de que en este libro rara vez se cita a Teilhard, sus ideas están presentes de principio a fin» (p. 11). El resultado del desarrollo de estos planteamientos es un discurso notablemente innovador y un modelo de reflexión teológica enfocado con gran precisión.

Destinado a un público con cierta formación científica y teológica, tanto para la lectura personal como para trabajar en grupos, este denso ensayo se estructura en seis capítulos, a los que siguen un apéndice consistente en preguntas destinadas al estudio, una bibliografía de los libros citados en el texto (a los que la traductora ha añadido la edición castellana cuando existe), una bibliografía de Teilhard de Chardin y un utilísimo y detallado índice de materias.

El primer capítulo («La teología de la creación como tarea permanente», pp. 17-56) ofrece al lector una panorámica de los puntos de vista y concepciones heredadas que han guiado el quehacer de los teólogos desde la Edad Media hasta nuestros días. Defiende la opinión de que la teología fue apartándose de la ciencia casi desde sus comienzos. La reflexión teológica que se hacía sobre la realidad de nuestro mundo se sustentó durante siglos en paradigmas fijistas obsoletos que condujeron a formulaciones teológicas sobre la naturaleza del Dios creador y la encarnación del Verbo de Dios en Jesús difíciles de compaginar con los nuevos modelos de universo que surgen, no sólo de la revolución científica de Copérnico, Galileo y Newton, sino también de las ideas evolucionistas y transformistas de Lamarck y Darwin. Esto llevó a un desajuste creciente entre dos modelos de pensamiento que muchos creyeron irreconciliables. Es más: desde las instancias religiosas se anatematizaron posturas que se antojaban incompatibles con la fe cristiana. Este libro, sin embargo —escribe el autor—, es esencialmente un intento de entender este universo cambiante y evolutivo como la creación de

Dios. Este modo de conceptualizar teológicamente no es radicalmente novedoso. Ya en 1962, el profesor Adolf Haas (de Pullach) había publicado un interesante trabajo [*Evolution und Bibel*, traducido y publicado en castellano en A. HAAS (edit.), *Origen de la Vida y del Hombre*, BAC, 1963, pp. 526-552] en el que acuñaba la expresión «Creación en evolución».

En el segundo capítulo, de carácter más científico («El universo como proceso de llegar a ser: la creación divina», pp. 57-92) se ofrece una breve visión de conjunto de la historia del universo para poder situar en este contexto las convicciones de los científicos de hoy respecto a la evolución. Estas convicciones que hoy mantiene la comunidad científica significan un reto para la teología tradicional acuñada en paradigmas fijistas y esencialistas. Nuestro autor considera básico este capítulo, dado que «la mayoría de los teólogos y muchos cristianos no poseen un conocimiento adecuado sobre la historia del universo, esto es, de la creación de Dios» (p. 15). La tarea de la teología debe ser, de acuerdo con estos planteamientos, no el condenar —como sucedió en otros tiempos—, sino buscar el lenguaje adecuado que pueda explicar el dogma de la creación desde perspectivas diferentes. Aquí sigue el autor el hilo del pensamiento teilhardiano, proponiendo metodológicamente al ser humano como la clave para interpretar el universo. Y supone que la experiencia humana de unidad es esencial para entender el proceso evolutivo.

Tal vez la clave para entender la teología de la creación en otras categorías se pueda encontrar en la reelaboración de la filosofía del ser. La hipótesis de una metafísica de la unión que trasciende la metafísica del ser, guiará la reflexión teológica de los capítulos siguientes. Tres son los parámetros humanos que nos ayudan a interpretar teológicamente la larga marcha evolutiva de la creación: la conciencia, la capacidad de almacenar información y la libertad. El tercer capítulo («Conciencia

cia en el universo y del universo», pp. 93-128) «explorará la conciencia y su relevancia a la hora de interpretar la creación en la evolución» (p. 15), mientras que el capítulo cuarto («La evolución de la información: un sello de la creación de Dios», pp. 129-167), incluye un análisis crítico de las teorías de la información, considerando ésta como una característica general del proceso evolutivo. Para el autor, «la información trasciende sus aspectos materiales y pone de manifiesto que la dimensión más importante del universo es la espiritual, ocasionando cambios evolutivos que conducen a niveles superiores del ser» (p. 165)

El capítulo quinto («La evolución de la libertad en la creación de Dios», pp. 169-206) aborda el tercer parámetro explicativo de la creación en la evolución: la marcha hacia la libertad. «La cuestión de por qué el Creador aceptó una forma tan derrochadora de creación parece estar relacionada con el fenómeno de la libertad» (p. 169). Éste es uno de los temas más queridos por Teilhard de Chardin, que la relaciona con el mal en el mundo. Al estar presente en el universo, la libertad trae consigo el mal como una posibilidad estadísticamente inevitable. El mal es el precio a pagar por la libertad, pero la libertad constituye la condición necesaria que hace posible el amor: el amor al prójimo y a Dios (p. 169). En el fondo, late el problema de cómo armonizar el determinismo natural con la autonomía humana. La conclusión que propone Schmitz-Moormann es esperanzadora: «La intención del Creador parece que fue la de crear seres libres capaces de amar, incluso aunque resultase inevitable la aparición del mal como precio a pagar por la posibilidad de que existan la libertad y el amor» (p. 205).

El sexto capítulo («Dios, creador del universo evolutivo») sistematiza las conclusiones de los cinco capítulos anteriores, presentando una brillante y provocadora síntesis teológica que responde a esta pregunta: ¿cómo hemos de entender este pro-

ceso al que llamamos evolución del universo como la obra de Dios, como la creación? La piedra angular de esta teología es el concepto de *creatio appellata* (pp. 212s), junto con la idea de que el proceso de unión en una creación evolutiva no es incompatible con un Creador tri-uno: «para el teólogo cristiano la presencia de Dios en la creación, la inmanencia divina, está inevitablemente vinculada a la cuestión del Dios que creemos uno en tres personas» (p. 219). En el fondo, late una reformulación de la teología trinitaria que ilumina y orienta un modo diferente de ver el mundo: «Cualquier cosa que evoluciona hacia un estado de ser más elevado lo hace mediante la unión, reflejando el Ser absoluto en el acto absoluto y eterno de la Unión Divina» (p. 234). Tal como Teilhard afirmó, el mandamiento del amor ha dejado de ser una institución puramente moral para convertirse en el principio ontológico de la evolución, de la creación. Las místicas intuiciones teilhardianas impregnan las páginas finales de este trabajo que sugiere para los filósofos y para los teólogos perspectivas insospechadas que no les dejarán, sin duda, indiferentes. Este sugerente ensayo de Schmitz-Moormann ha sido pensado para ser utilizado en grupos por lo que ofrece al final unas pautas muy completas para una autoevaluación o para el debate en el aula o en grupos de reflexión.—L. SEQUEIROS, *Facultad de Teología, Granada*.

*Proceedings of the Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy* (edited by John Cleary & Gary M. Gurtler, S.J., Leiden-Boston: Brill, 2003). 332 pp.

La fórmula del coloquio en los trabajos científicos quiere ser una aproximación al diálogo. Los que han organizado algún evento semejante conocen la dificultad que encierra, pero al menos procuran y se esfuerzan en llegar a aquel punto donde las inteligencias realmente interactúan entre sí para conseguir la llama que las ilumine en sus divergencias. Resulta